



Homenaje a Feliú Cruz Y Jaime Eyzaguirre

268b

Se ha cumplido un nuevo aniversario de la muerte de Jaime Eyzaguirre, testigo de la historia y de la fe, arrebatado en la plenitud de su existencia en un trágico accidente que ocurrió simbólicamente un 17 de septiembre, la víspera de la fecha culminante del país cuya vida tanto amó.

Es un aniversario más, pero, entre el de 1973 y el actual ha sucedido un hecho interesante que, si no se hace público, acaso pueda diluirse y olvidarse, perder la virtualidad que tiene de lección postuma, magistral, por añadidura, durante este Año Santo, cuyo tema es la reconciliación.

Entre estas dos fechas falleció en Chile otro erudito historiador, hombre distinguido, por varios títulos venerable, Guillermo Feliú Cruz. Apasionado como Jaime, divergente en varios o muchos puntos de vista, contendor; ambos, sin embargo, tenían algo —o mucho— en común: amor encendido por la historia, un gran corazón. Por razones que nunca terminaremos de entender, providenciales circunstancias, en plena juventud, nos pusieron en estrecho contacto muy cerca de ambos, siendo nuestra deuda hacia ellos grande, henchida de respeto, admiración y gratitud.

Tuvimos por ello el raro privilegio de oír las justas razones de ambas partes en aquellos antagonismos antiguos, que el fúlgido ardor de sus años jóvenes había encendido en épocas lejanas, pero que la madurez que van imprimiendo los años había ido atenuando lentamente, hasta minimizarlos, hasta tal vez hacerlos desaparecer: con ocasión de la dolorosa enfermedad y muerte de la esposa de Feliú, Eyzaguirre se había acercado a él con real solicitud y después, hacia septiembre de 1968, un mutuo intercambio de obsequios de interés histórico había sellado, en vísperas del desaparecimiento de Jaime, una auténtica reconciliación; tuvimos también la oportuni-

dad, después de la tragedia, de oír de labios de don Guillermo la honda impresión que ella le causara y la admiración por quien en otros tiempos hubiese sido émulo o rival, pero en todo caso, noble contendor.

Nuestra vida es precaria, no nos pertenece, aunque frecuentemente lo olvidemos; no es nuestra, es de Dios y, para tristeza de sus muchos amigos, no tardará en llegarle a Feliú Cruz su calvario, un cáncer implacable, presagio de la muerte que él, razonablemente, encaró primero con estoicismo y entereza, después con confianza, fe y aceptación.

La noticia de esta grave enfermedad se extendió rápidamente y muchas veces fue el mismo quien la comunicó. A nosotros nos tocó oírta, entre los primeros, de sus labios, y transmitírsela a Adriana Philippí, viuda de Jaime, para rezar juntos con otros discípulos del maestro y del amigo, en torno al evangelio, por don Guillermo, por su dolor, su salvación. Fuimos portadores de mensajes, recíprocos saludos y, a raíz de ello, de una misión: Feliú Cruz quería saludar a Adriana, decirle algo, presentarle, pero tal vez intransmisible por medio de terceros, que, en fin, según su deseo, era necesario testimoniar en forma personal.

Concurrimos juntos a la cita inolvidable, de principio incierto y venturoso fin. Feliú quería manifestarle a la viuda de Eyzaguirre aquello que tal vez pocos ó nadie sabían: su inconfesada y profunda admiración por el hombre recto, incorruptible; por el gran historiador, el que jamás claudicara a sus principios; por el intolerante y, paradójicamente, tolerante; por el amigo leal de sus amigos, el que a nadie utilizó, olvidó o desconoció; el que, paciente, soportó traiciones, negaciones e insultos, como Cristo; por el hombre que amara sin declamaciones la pobreza, el que despreció el dinero, el poder, la vanagloria y el honor;

el eterno independiente, ajeno a todo estrecho partidismo, dependiente sólo de ese Algo o de ese Uno que los creyentes llaman Dios.

Feliú Cruz, hombre "sin fe", admiraba sobre todo eso en Eyzaguirre: la fe pura, cálida y valiente, justificación de toda su conducta, clave para entender no un aspecto de su vida, sino el conjunto de su serción.

Sólo un hombre noble podía expresar de un erasmista tan generoso y, por otra parte, exactos sentimientos; sólo un hombre, más que inteligente, sabio, podía penetrar lo impensable, aceptar a expresar lo inexpressable, hablar de una verdad de la que aún no era plenamente poseedor; y Feliú Cruz, que había llegado a reunir estos dones raras en los hombres, pudo manifestarlos en la intimidad de ese encuentro inédito con humildad, sinceridad y auténtica emoción.

Pero, en el trasfondo de esta escena memorable había tal vez otro componente, un camino misterioso, preparado. Jaime, que como fiel cumplidor del evangelio jamás odió; que, por el contrario, rezo por enemigos, no había omitido pedir, en vida, por aquel aguerrido contendor. Feliú Cruz, por su parte, liberamente, sin presiones, cada vez más próximo su fin, recuperaba la fe de sus mayores, más que con manifestaciones publicitarias, con testimonios personales, oración callada, con gestos delicados, con amor; con muestras como éstas, que alcanzan dimensiones de lección.

Vaya hoy nuestro renovado recuerdo por Jaime, nuestra oración alegre, más que al historiador, al cristiano; al amigo, al hombre de las lecciones íntimas, magistrales; de quien muchas tanto recibimos, del hombre que, después de muerto, caballero en el pasado, sigue guiando potestas batallas, señalando a Chile altos destinos, cabalgando como un Cid Campeador.

Gabriel Guarda O.S.B.

Homenaje a Feliú Cruz y Jaime Eyzaguirre [artículo] Gabriel Guarda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guarda, Gabriel, 1928-2020

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Homenaje a Feliú Cruz y Jaime Eyzaguirre [artículo] Gabriel Guarda.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile